



EL TALÓN DEL HÉROE

Juan Perote Peña

EL TALÓN DEL HÉROE



Primera edición: diciembre de 2021

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© Juan Perote Peña

ISBN: 978-84-18958-66-3

ISBN digital: 978-84-18958-67-0

Depósito legal: M-34482-2021

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano, 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

A mi familia

Parte I

De nadie se puede esperar que se oponga a ese tremendo torrente de hombres, que contenga con sólidos diques el oleaje marino, pues es invencible el ejército persa, y su pueblo, de valiente corazón.

Antístrofa 2ª del comienzo de *Los persas*, de Esquilo (475 a. C.)

Capítulo 1: Sur de Italia, final del invierno,

517 a. C.

«¿Qué clase de gente acepta sacrificar doncellas cada año a un monstruo? ¿No es de locos pretender expiar un crimen con otro mayor?» Al alzar la cabeza, cuando aún el oro y la plata del tesoro ofrendado por la ciudad relucían en sus pupilas, se había encontrado con la mirada de la muchacha. Tendría más o menos su edad, unos diecisiete años. Sus grandes ojos azules contrastaban con la negrura de los rizos que caían en remolinos sobre sus hombros perfectos, y estos con la blancura de su vaporoso vestido de lino. Lucía la corona de guirnaldas del sacrificio como si se tratase de una diadema. Sus ojos se cruzaron solo unos instantes, lo suficiente como para que creyera advertir en ellos la llama instintiva del interés y del hambre por la vida, pero al momento mudaron a una lejana indiferencia. No había huella alguna de temor, ni siquiera la sombra de la resignación. Solo se contrajo en un escalofrío. Ion ya sabía que la ciudad de Temesa no ofrendaba solo oro y plata cada año al héroe, sino también a su doncella más hermosa, pero no esperaba encontrársela ahí arriba, sobre el montículo de piedras que servía de altar, junto con el resto del tesoro que dedicaban los silenciosos temesios. En ese momento comprendió por qué le incomodaba tanto ese silencio tenso de miradas fijas que eludían encontrarse; un silencio lleno de energía que sepultaba ríos de violencia contenida. Como el silencio que precede y anuncia el estruendo de una tormenta de verano. Era el mismo silencio de la vergüenza compartida y culpable que ya conocía bien en su patria, pero acentuado por la dolorosa visión de la ofrenda más inocente posible. Para cualquier griego como él, ese sacrificio humano era algo repugnante, solo propio de bárbaros impíos, pero aquella no era su tierra ni ellos eran responsables de nadie allí. Sin embargo, no pudo evitar una ola de indignación y, sin pensárselo dos veces, se quitó la capa y avanzó con resolución hacia la muchacha, ofreciéndosela. La joven le miró con sorpresa. Apenas dio tres pasos, uno de los guardias le detuvo con la punta de su lanza.

—¿Se puede saber qué estás haciendo? —gritó el sacerdote de Zeus Lyceo,¹ a su lado—. Este es un altar sagrado. ¡No se puede dejar aquí nada, excepto la ofrenda!

Diocles, alarmado, tomó por un brazo a su compañero e hizo ademán de retirarse con él, pero Ion se resistió.

—Solo quería darle el capote para que se cubra. Por Zeus, ¿es que no veis que está temblando de frío? ¿No es ya bastante sacrificio el suyo por la ciudad para que tenga que congelarse aquí arriba? Si no lo queréis hacer por ella, hacédlo por el héroe... Supongo que, en su estado, preferirá un cuerpo caliente...

El sacerdote dudó un momento, pero se mantuvo firme y les ordenó que se retirasen. Dejaron en el suelo el *lekythos*² de plata que habían traído como ofrenda y la piedra de peso equivalente y bajaron sin protestar.

—Por un momento pensé que te habías vuelto loco ahí arriba y lo ibas a estropear todo —dijo Diocles, cuando ya no tenían a nadie cerca—. Reconozco que el truco de dejar tu capote a la chica como un caballo de Troya más ha estado bien, aunque ha sido un poco arriesgado. ¿Se te ocurrió allí mismo, en el momento?

Ion no respondió. Su semblante seguía rígido y respiraba con cierta violencia. Se obligó a pensar en el fabuloso tesoro del héroe. Aquella colina artificial que servía como altar estaba formada por los depósitos acumulados de las piedras que habían traído los temesios cada año en procesión desde la ciudad, en esa misma luna llena de final del invierno, durante siglos. Como cada piedra que acompañaba a la ofrenda tenía el mismo peso de la plata, aquella pequeña montaña servía como estimación de la carísima devoción de los temesios al héroe desde que sus antepasados cometieron el error de lapidarle sin someterle a juicio alguno. Ion no pudo evitar imaginar la montaña de joyas y metales preciosos que ese demonio habría acumulado desde el naufragio de Odiseo. Suficiente como para comprar Síbaris y Krotón juntas. «Quienquiera que sea que recoge cada año este tributo también posee recursos más que suficientes para defenderlo».

—Espero que con el trasiego de oferentes el sacerdote no oiga a las crías de rata rascando el *lekythos* desde dentro, o el plan se vendrá abajo. ¡Por Zeus! Si descubrieran la treta podrían tendernos una trampa, Ion —masculló Diocles nervioso.

El joven le propinó un rápido y contundente codazo en el costado.

—Silencio, Diocles. Se supone que somos devotos oferentes en la procesión. Controla tu miedo o levantaremos sospechas.

1 «Zeus lobuno»: advocación de Zeus relacionada con un culto secreto relacionado con canibalismo ritual y licantrópia que tenía lugar en el monte Liceo de Arcadia. Entre los cultos similares en toda Europa se encontraba el del héroe de Temesa, en Calabria (Italia).

2 Especie de jarrón de boca larga que los griegos ofrecían en las tumbas.

Diocles miró a su compañero con inquina, pero no rechistó y se limitó a caminar junto al muchacho. A pesar de su edad, ese robusto efebo tan seguro de sí mismo no solo era quien había planeado los detalles de la operación, sino que podría tumbarle en la palestra sin derramar una sola gota de sudor.

Poco después llegaron al *heroon*³, el vetusto templete consagrado al héroe de Temesa frente al que los oferentes se detenían un momento en señal de respeto antes de continuar el camino de regreso a la ciudad. Se trataba de un arcaico recinto falso excavado en una enorme roca con una tosca, aunque original, representación de la muerte del héroe, en un altorrelieve que emergía de la pared. Un brazo de piedra con la palma abierta y tensa parecía salir de la roca, junto a la cabeza, cuello y parte del torso de un hombre barbudo con las facciones desencajadas, todo iluminado por candelas en el suelo. El resto de la roca había sido tallada simulando piedras como las que ellos habían traído de la ciudad con las ofrendas. Una inscripción rezaba: «Deténgase el caminante y ahorre su resuello para honrar al héroe, pues aquí murió Polites, el mejor hombre del ilustre Odiseo en la guerra de Troya, que fue lapidado y dejado insepulto por obra de los temesios, y para su desgracia».

—No creas que este es el monumento original —explicó Diocles en voz baja—. Me han contado que ese brazo y la cabeza formaban parte de una estatua heroica aquí emplazada, pero el resentimiento de muchos en la ciudad es tan fuerte que siempre terminaba mutilada, hasta que decidieron integrar los pedazos como un relieve para evitar más profanaciones.

—Polites... Pensaba que se llamaba «Lycas».

—Los pastores enotrios⁴ del país le llaman «Lycas», el alobado, porque, tras ser ejecutado, su cadáver fue devorado por los lobos. Según una tradición, antes del naufragio de Odiseo en estas aguas, Polites había sido transformado en lobo durante su estancia en la isla de Circe, en vez de en cerdo como el resto de sus compañeros, por ser el único que había alabado el dulce canto de la maga. Aunque Odiseo la obligó a deshacer el hechizo, cuando más tarde los lobos devoraron aquí el cadáver de Polites, fueron ellos los que se transformaron con el espíritu vengativo del héroe en bestias medio hombre y medio lobo, licántropos, que sembraron el terror durante generaciones en estas tierras. Desde entonces no hay pastor que no deje como ofrenda un cordero o un cabrito al héroe de Temesa. Aquellos que no le rinden el tributo desaparecen para siempre o acaban perdiendo sus rebaños, atacados por los lobos.

3 Santuario o templete dedicado al culto de un héroe, que se suponía que protegía a los habitantes de la región donde yacía enterrado.

4 Tribu itálica que dominaba la región de Calabria a la llegada de los griegos.

Mientras simulaban la reverencia ritual frente al monumento, Ion escrutó las facciones distorsionadas por el dolor del agonizante Polites. El escultor había conseguido transmitir la desesperación de una víctima que mueve a la compasión. Una víctima que se convertirá en un demonio tras su muerte, pero que fue también un héroe de dudoso comportamiento.

—Se supone que el héroe náufrago Polites violó a una temesia junto a la playa y fue perseguido y lapidado por ello, ¿verdad? ¿Cómo es posible que los temesios recreen el crimen del que fue víctima una de sus mujeres cada año con el mismo agresor?

Diocles pareció sorprendido.

—Bueno..., ¿y qué horrores ha debido de padecer esta gente en el pasado para aceptar expiar su antiguo crimen con ese tributo? No lo hacen por propia voluntad, sino para evitar los asesinatos y las hambrunas atribuidas al héroe cuando no lo aplacaban así... ¿Qué te pasa, Ion?

—Nada. Tenemos que acostarnos unas horas. Mañana saldremos después de comer, y no debemos levantar sospechas.

Ion durmió poco aquella noche ¿Dónde estarían en esos momentos aquellos ojos azules e inocentes con los que se había encontrado sobre el altar? ¿Qué horrores desconocidos estarían contemplando?

Ion y Diocles avanzaban con cautela por aquel pedregoso camino de cabras que recorría, en suave ascensión, toda la ladera norte del monte Calabro. La niebla era tan densa que, a pesar de contar con la ayuda de la luna llena más grande y brillante del año, caminaban casi a ciegas. No les quedó más remedio que encender una antorcha, la más pequeña de que disponían, para proseguir la ascensión, dificultada también por la escarcha de una reciente nevada. Si los caballos resbalaban se podrían romper las patas y todo aquel esfuerzo habría sido en vano; tendrían que esperar un año más, y en realidad no dispondrían de tanto tiempo. Ion se arrebujó en su grueso capote de lana, maldijo esa gélida humedad nocturna que les penetraba hasta el tuétano y tiró fuerte de las riendas para que Miltes, el reticente caballo que le seguía, no se retrasase. Debía de estar a punto de amanecer y aún no habían llegado al bosque. Por fin, tras un recodo del camino, emergieron de la niebla, que se retiraba en gruesos y oscuros jirones hacia el valle, como si salieran renacidos del mismo Hades. Pudieron ver las estrellas y, justo enfrente, el contorno difuso y recortado de las cumbres del monte Sila. La luz del sol ya estaría empezando a notarse sobre su casa, en Krotón, a tres días de camino hacia el este, en la costa, justo al otro lado de aquellas montañas.

—¡Apaga la antorcha, Diocles! Si nos descubren, no saldremos vivos de aquí.

Frente a ellos se intuía el último prado abierto para pastos de la ladera y, justo a medio estadio⁵, la negra espesura del bosque que coronaba la montaña. Lo miraron con respeto, hombro con hombro. El miedo compartido cimentaba su solidaridad, a pesar de que se conocían desde hacía poco tiempo.

—¿Cuántos lo habrán intentado antes que nosotros, Ion?

—No pienses en eso. Los bosques malditos no existen. Deberíamos dejar las monturas ocultas detrás de aquella roca.

—Tú no crees que vayamos a robarle a un demonio, ¿verdad?

—Nadie ha visto nunca qué o quién es el héroe, así que ¿por qué habría de creer esas viejas leyendas? Se trata solo de mitos para asustar a los viejos. ¿Para qué necesitaría un demonio o el alma vengativa de un héroe asesinado el oro de los temesios? Por no hablar del tributo de la doncella.

—Parecía tan tranquila ayer, en Temesa. Y era tan joven y hermosa... Casi se diría que no le importaba que su pueblo la ofrendase como sacrificio a un monstruo.

—Lo más probable es que la hubieran drogado —aseveró el joven, con poca convicción.

Los dos compañeros compartieron un silencio que emplearon para armarse con sus *machairas*⁶ y unos pequeños broqueles redondos de madera que se echaron a la espalda. Cualquier otra arma sería poco menos que inservible en la espesura del bosque.

Las primeras luces del amanecer se derramaban ya sobre los montes, y el manto de estrellas se difuminaba poco a poco sobre sus cabezas. Ion extrajo un par de cajas de madera de su bolsa de viaje y le entregó una a su compañero. Ató con cuidado un cabo de cuerda de cuero que sobresalía de su caja a su muñeca y, con delicadeza, deslizó una tapa lateral extrayendo el bulto peludo y agitado que se encontraba dentro.

—¡Au! ¡Ese maldito bicho me ha mordido! ¿No decías que estaban domesticadas, Ion?

—Y lo están, pero a ti no te conocen. Simplemente no sueltes la cuerda y déjala que te conduzca ella. Deberíamos separarnos unos treinta pies para cubrir más terreno.

—Espero que podamos oírnos si alguno necesita ayuda. Ahora es cuando uno preferiría estar en casa celebrando las Dionisias, y no siguiendo a unas ratas por un bosque maldito en busca del tesoro de un demonio.

⁵ Un estadio = aproximadamente, 200 metros.

⁶ Especie de machete de forma afalcata y de influencia oriental que los griegos estaban empezando a utilizar como arma secundaria para la guerra en aquella época.

—Un poco tarde para echarse atrás, Diocles.

—Por Zeus, ¿cómo hemos podido llegar a esta situación? Por cierto, no te he preguntado cómo se te ocurrió esta idea tan extraña de usar ratas, Ion. Aunque, si funciona, juro por Apolo que criaré a estos bichos en la propia despensa de mi hacienda.

El joven se adentró el primero en la espesura. Su rata vacilaba cambiando de dirección y olisqueando a su alrededor.

—Siempre se ha oído de aventureros que buscan por estos bosques los lugares donde el héroe de Temesa esconde sus tesoros, pero está claro que es lo suficientemente listo como para perfumar las ofrendas que le donan para aplacarle el día señalado con orín de lobo o algún tipo de sustancia que elimina su rastro olfativo. Pero este sistema es distinto; no se basa en el olfato de un sabueso. Y ahora, separemonos. Solo tenemos unas pocas horas.

La maleza, verde y húmeda de rocío, le llegaba por tramos a las rodillas y estaba tan enmarañada que Ion tuvo que ayudarse de su *machaira* para abrir paso al cordón que, desde su muñeca izquierda, se perdía entre la hojarasca del suelo. Avanzaba con lentitud tratando de no hacer ruido. Solo escuchaba su respiración acompasada, el crujir de las hojas caídas bajo sus pies y el canto apagado de pájaros en la lejanía. Los aún débiles rayos del sol ya penetraban entre las altas copas de los pinos y hayas de aquel bosque que no parecía haber sido hollado nunca por un griego. Al poco se dio cuenta de su error. En un pequeño claro encontró el enorme tocón ennegrecido de un roble partido por un rayo y, tendidas desde este hasta las ramas de alrededor, unas cuerdas hechas con tendones sostenían multitud de pequeños huesos de animales que colgaban cosidos en toda su extensión. Sobre el tocón alguien había insertado el cráneo de un lobo, con su mandíbula abierta, de la que parecían salir las cuerdas. Demasiado limpio como para no haber sido visitado recientemente. Debajo, grabado en caracteres griegos, podía leerse «LYKAS».

Ion miró las descarnadas fauces con aprensión, respiró profundamente, y siguió su camino, poniendo todos sus sentidos en el bosque. Hacía un rato que no oía a Diocles a su izquierda. Probablemente se habían separado bastante. La cuerda se tensó y derivó hacia lo que parecía una suave elevación a su derecha. Su rata se había excitado con algo y lo empujaba en esa dirección. Medio centenar de pasos más arriba se topó con una formación rocosa cubierta de musgo y restos de nieve. Un mochuelo sorprendido en el suelo aleteó volando, asustado y con su presa en las garras, hacia la arboleda. Por un momento pensó que podría haber atacado a su rata, pero los tirones de la cuerda le tranquilizaron. Subió por una enorme piedra gris siguiendo al animal hasta que creyó oír

crujidos al otro lado. Se quedó muy quieto, pegando el cuerpo a la piedra como si formara parte de ella. No había duda: alguien o algo jadeaba con pesadez al otro lado. Extrajo la *machaira* lentamente de su vaina y, conteniendo la respiración, se preparó para un encuentro indeseable. Era fuerte y alto para su edad y tenía la experiencia y el entrenamiento en la lucha que le había proporcionado una vida con muy pocas cosas seguras, pero nunca se había visto envuelto en una pelea con armas. Cuando presintió que el encuentro era inminente flexionó las piernas dispuesto a saltar al otro lado.

—¿Ion? Por todos los dioses, ¿eres tú? Acabo de reconocer a tu rata por el cordel.

—¡Diocles! ¡Por el sagrado trípode de Delfos, que casi me abalanzo sobre ti!

Se disponía a saludarle con alegría cuando Diocles le tapó la boca con la mano, señalando a las dos ratas que, muy excitadas, tiraban de ambos cordeles, muy enredados ya, sobre el collado. Asintieron en silencio y ascendieron los cinco codos que les separaban de la cima, recogiendo los cordeles y desplazándose entre las sombras de los árboles. Todo parecía tranquilo alrededor; los pájaros habían cesado sus trinos matutinos y había subido la temperatura. Solo las dos inquietas ratas perturbaban el silencio circundante, empeñadas en introducirse por una abertura medio cubierta de hojarasca entre dos rocas.

—Ahí abajo hay una cavidad. Tiene que tratarse de la gruta del tesoro, ¿verdad? —preguntó Diocles, emocionado, entre susurros.

—Podría ser. Dejaremos que baje una de las ratas y buscaremos la entrada principal. Yo descenderé a reconocer el terreno de la base de este pequeño collado y tú vigila desde aquí arriba por si viene alguien, ¿de acuerdo? Debemos estar preparados. Si el tesoro está ahí, quizás el héroe o algún guardián ande cerca. Tenemos que actuar deprisa, en cualquier caso.

El joven Ion descendió del promontorio ayudándose de las ramas de un enorme pino. Primero buscó huellas de pisadas en el suelo y después inspeccionó las rocas. Su rata, atada a la muñeca, se revolvió como loca cuando se aproximó a la gruesa raíz de un árbol muerto cubierto de musgo. Tenía manchas de hollín en los bordes y, tras empujarlo hacia arriba, se movió. Buscó un tope a su alrededor y encontró un palo fuerte que, sin duda, se utilizaba para mantener la entrada abierta. Lo colocó con su mano libre y penetró agachado, con la *machaira* en la mano. El interior olía a sudor, grasa y vino rancio. Estaba muy oscuro, pero no se atrevió a usar una de las cañas que les servían de linterna. Desanudó a la rata y la depositó despacio en el suelo. Oyó su correteo hasta que el cordel se tensó y después se aflojó un poco. El corazón le latía como si estuviese compitiendo en el estadio. Recogió despacio el cordel y notó que algo

se deslizaba por el suelo. Con la escasa luz que se filtraba por la entrada vio a su rata arrastrando penosamente entre sus dientes el *lekythos* de plata que había ofrendado al héroe el día anterior. Sonrió aliviado al notar que la rata no habría entrado con tanta celeridad si hubiera olido algo peligroso.

«Está bien, pequeña; te lo has ganado». El muchacho desató con presteza el pequeño arnés que aprisionaba al animal, tomó el jarrón con las dos manos y lo manipuló hasta descomponerlo en dos piezas. Extrajo la parte de arriba en forma de embudo metálico, que en realidad funcionaba como una trompa acústica, un amplificador de sonido, y volcó la parte gruesa del jarrón hacia abajo. Una riada de diminutas crías de rata, ciegas aún, aterrizaron torpemente sobre el suelo. La madre reconoció de inmediato a las suyas, que llevaban muchas horas llamándola, desesperadas.⁷

Ion volvió a encajar su jarrón, lo metió en una de las bolsas que llevaba colgada de los hombros y, tras verter aceite de su *aryballos*⁸ en una de las cañas en cuyo interior portaban el fuego, lo convirtió enseguida en una potente antorcha que iluminó el interior de la guarida. Ante sus ojos apareció un refugio muy primitivo, sin comodidades, excavado bajo el collado, aprovechando una oquedad natural. Numerosas pieles de oso y de venado se amontonaban al fondo, junto a odres de vino, troncos de leña cubiertos de telarañas, tinajas, provisiones y linternas de barro. Una impresionante pintura al fresco ocupaba toda la pared, a su izquierda. Títilando a la luz de la llama, una bestia mitad hombre y mitad lobo, con un fiero rostro grisáceo, se erguía sobre un peñasco bajo una luna plateada frente a unas figuras humanas más pequeñas de guerreros que le acosaban con hondas y jabalinas. Reconoció los característicos penachos con dos plumas de águila de los chones, la principal tribu de los enotrios, los indígenas que dominaban todo el territorio hasta que los griegos les expulsaron de las costas hacia el interior del país. Justo debajo de la pintura, una manta raída pegada a la pared parecía no tener función alguna. Ion levantó su *machaira* con su mano izquierda y arrancó de cuajo la manta. Allí estaba, depositado en su escondrijo. Reluciente a la luz de la antorcha, el oro labrado de docenas de fíbulas, broches y pulseras sobre montones de piezas de plata acuñadas, principalmente de Síbaris, todo ello salpicado por collares multicolores de perlas, ámbar y cornalina, junto a un par de carísimas dagas y varias piezas de armadura con plata engastada que solo los más hábiles orfebres etruscos eran capaces de producir. El tesoro del héroe, de Lycas, que el

7 Las crías de rata llaman a sus madres con ultrasonidos de frecuencias entre 20 y 50 kHz, inaudibles para los humanos.

8 Petaca esférica de metal en la que los antiguos griegos transportaban aceite para diversos usos.

día anterior le habían ofrendado los temesios, ahora era suyo. Dejó la antorcha apoyada contra la pared y se apresuró a meter collares y monedas a puñados en sus dos zurrones, tratando de equilibrar el peso. Un cálculo a ojo le confirmó que entre Diocles y él no podrían cargar ni la mitad. «Bueno», pensó, «tampoco tenemos por qué ser tan avariciosos. Aunque, a fin de cuentas, toda esta fortuna no es sino fruto de la extorsión. Y quien roba a un ladrón, ¿caso no participa en la justicia de Zeus?»

—¿Qué estás haciendo?

Ion, sobresaltado, casi se cayó al suelo. Se volvió con la espada en alto preparado para asestar el golpe, pero frenó en seco al encontrarse cara a cara con la muchacha. Estaba allí, de pie frente a él, con el mismo vestido con el que la había visto el día anterior en la colina del altar, pero sin la corona. Sin duda había permanecido escondida debajo de las pieles.

—¡Vaya susto me has dado, por Apolo! ¡Estás viva! Nos... nos vimos ayer, durante la ofrenda. ¿Me recuerdas? Te ofrecí mi manto, pero el sacerdote no me dejó entregártelo. Me llamo Ion. ¿Te encuentras bien? ¿Te ha hecho daño ese... quienquiera que sea?

—¿Eres un ladrón!

Ion no acertó a entender si se trataba de una pregunta o una afirmación. La chica le miraba con extrañeza, como si toparse con él otra vez fuese la última cosa que hubiera esperado en el mundo. En cambio, no parecía muy afectada por su situación. Ion había bajado su espada, pero algo en el comportamiento de la doncella no acababa de encajar.

—Sí. O sea, no —el muchacho dudó—. Quiero decir, que solo estamos... requisando el oro que ese demonio os ha arrancado este año. Ponte algo encima; tenemos que irnos enseguida. ¿Sabes si Lycas apostó centinelas en el bosque? ¿Cuándo se ha ido? ¿Te ha dicho si volverá?

La muchacha abrió mucho sus ojos azules. Temblaba. Se estaba alterando. Comenzó a llorar.

—No puedes llevarte eso. No es tuyo. Son ofrendas sagradas de mi ciudad al héroe. ¿No lo entiendes? ¡Es mi dote! Si la robas, pensará que Temesa ha roto el pacto. Nos castigará.

—Pero ¿qué estás diciendo? ¿Es que no deseas tu libertad? Eres una chica muy joven, con toda la vida por delante, y tus compatriotas te han ofrecido en sacrificio a un monstruo, como si fueras un cordero. Mira, puedo llevarte a Krotón, mi ciudad. Es grande y próspera. ¿Has estado alguna vez? Coge parte del dinero; hay para todos. Podrás llevar una buena vida. No tengas miedo. ¡Podemos protegerte! Toma estos collares.

Le tendió lo que tenía aún en su mano derecha, pero ella rehusó la oferta con tenacidad. Caminó dos pasos hacia atrás como si temiera algo. Seguía temblando.

—¡No puedo ir contigo! ¿No lo entiendes? Yo he aceptado este sacrificio por mi ciudad. Ese hombre..., el héroe, tampoco puede evitar ser quien es. Lo respeto. No sé cuánto tiempo podré complacerle ni lo que hará conmigo mañana. Ni siquiera podemos comunicarnos. Pero yo he contraído una obligación con mi gente. No deshonraré a Temesa huyendo ni me convertiré en la causa de su desgracia. Aceptaré mi destino como los cientos de doncellas que me han precedido.

Hizo una breve pausa para secarse las lágrimas con el dorso de la mano. Tenía los ojos enrojecidos.

—Te ruego que dejes donde está lo que no es tuyo y te vayas ahora mismo de aquí. Este lugar puede no parecerse a un palacio, pero a pesar de todo es la fortaleza del héroe, mi señor.

Ion, ahora totalmente desconcertado, estaba aún analizando la situación cuando les sobresaltó un agudo grito procedente de arriba. Era Diocles. Ion envainó la *machaira* y localizó la fuente en un agujero del techo que sin duda servía como chimenea de la cueva en invierno. El grito había derivado en un penoso lamento. El techo de la cueva en esa parte se elevaba como dos codos sobre la cabeza de Ion, por lo que tuvo que usar un grueso leño apolillado para alzarse hasta el hueco de donde procedía el ruido. Apenas comenzaba a examinarlo cuando gruesas gotas de sangre oscura cayeron sobre su túnica desde la abertura en el techo.

—¡Ion! ¿Estás ahí abajo? Algo me está destrozando la mano, maldita sea.

Al instante imaginó lo que había ocurrido: Diocles había introducido su brazo en aquel agujero desde el techo en vez de soltar prudentemente primero a la rata, y un pequeño cepo de hierro colocado allí le había atrapado la mano.

—Tranquilo, Diocles. Estoy viendo tu mano. Creo que con algo que pueda hacer palanca podré abrir el cepo desde aquí abajo. ¿Por qué no has soltado a la rata antes, por Zeus?

El muchacho buscó algo que pudiera ayudarle y se decidió por utilizar el embudo invertido del *lekkythos* de plata a modo de cuña para forzar las mandíbulas dentadas del cepo, en el estrecho canal sobre su cabeza. Comenzó a hacer palanca como pudo, pero apenas consiguió moverlo.

—¡Rápido, Ion! ¡Date prisa! Hay algo en el bosque... Creo que me han oído gritar.

—Un momento... Ya casi lo tengo —cuando el cepo comenzaba a ceder, un violento tirón del brazo de Diocles le desgarró la palma, derramando

sangre abundante sobre el rostro de Ion, pero a pesar del destrozo en huesos y tendones, lo que quedaba de su mano continuó sujeto por los colmillos de metal. Diocles chillaba como un poseso y su mano se agitaba con violencia en el estrecho hueco. Por un instante Ion creyó vislumbrar el pánico en el blanco de los ojos de su compañero al otro extremo de ese brazo. Hasta que todo cesó tras un último estertor que relajó a la vez los dedos de la mano presa, y en el súbito silencio que siguió solo se escucharon al otro lado un sordo rugido y los inconfundibles chasquidos de dentelladas sobre la carne.

Capítulo 2: Susa. Otoño de 518 a. C.

—¿Cómo puede el destino de todos y el curso de la historia encontrarse en esas profecías que guardáis en vuestra bolsa? —preguntó el persa en tono burlesco—. ¿Afirmáis, por ejemplo, que el destino de esa mosca que os acosa desde hace un rato se halla también escrito en vuestros viejos papiros?

Onomácritos miró con fastidio a su interlocutor, que ya se reía, insolente, delante de sus narices, y se limitó a afirmar con la cabeza. Se palmeó la mejilla con rabia y escuchó muy quieto el zumbido del insecto, que no tardó en regresar. Cuando la mosca se posó sobre el borde de la mesa, extrajo con lentitud uno de sus rollos de papiro por un extremo y, tras calibrar la trayectoria, descargó el otro extremo sobre ella con un rápido movimiento de muñeca. La risa del persa se quebró mientras el griego giraba con suavidad el rollo en su mano hasta mostrar la mancha negra que antes había sido el insecto, casi indistinguible ahora, sobre las apretadas líneas de tinta negra.

—Parece que su destino estaba, en efecto, escrito en mis papiros —afirmó el adivino, sonriendo con una mueca de vengativa satisfacción ante las protestas del otro.

El otoño ya se acercaba a su final, pero cualesquiera que fuesen los dioses de ese país pantanoso y extraño, parecían no haberse dado cuenta. Debía de ser medio día y le habían pasado por delante tres nobles persas que habían llegado más tarde, sin que nadie le diera ninguna explicación. Solo quedaban dos peticionarios más que, ahora estaba seguro, serían llamados antes que él. Le habían dicho que el rey se casaba con su cuarta esposa esa misma tarde y que después habría una semana de festejos en la ciudad, así que, si no conseguía la audiencia esa mañana, tendría que esperar a la siguiente luna. La larga travesía desde Atenas hasta Susa ya había mermado sus recursos económicos más de lo que la prudencia aconsejaba. Se inclinó sobre la mesita y, tras levantar la tapa que protegía los dulces de la fuente, tomó un pastelillo de miel, más para entretener a sus dedos que a su estómago.

Evitó las miradas de la pareja de persas que tenía sentada enfrente y se concentró en la puerta de la sala de audiencias que, en breve, debería atravesar.

Adosado a ella y a la altura de la cabeza habían colocado un pulido espejo de bronce. Según le había contado antes el Introdutor de mensajes, toda mentira estaba prohibida enfrente del rey, y el espejo simbolizaba las mentiras que nos contamos a nosotros mismos, que también deberían quedarse al otro lado de la sala del trono.

Una segunda mosca volvió a rondarle, implacable, y tuvo que agitar la mano frente a su cara, momento que aprovechó el mayor de los dos persas para explotar a su favor el único tema de conversación que habían tratado.

—Tenía entendido que los adivinos griegos pueden comunicarse con los pájaros y los insectos y predecir su comportamiento, pero ese no parece ser vuestro caso. Si un adivino no es capaz de predecir dónde se posará una mosca, ¿cómo podría su ciencia aconsejar al gran rey en asuntos de Estado?

A Onomácrita no se le ocultó que su impertinencia era más fruto de la tensión que de un genuino deseo de polemizar en esa sala de espera oscura y poco ventilada.

—Solo a Melampo de Elis le fue concedido por nuestro dios Apolo ese tipo de adivinación, hace muchas generaciones, pero a los demás no nos es dado conocer el rumbo o las intenciones de entes individuales en momentos concretos, aunque sí que es posible predecir dónde estará una mayoría en un futuro impreciso.

El viejo persa, que había sido tesorero del sátrapa de Lidia y había estado presumiendo de sus habilidades para gestionar las arcas públicas y anticipar los gastos mejor que cualquier adivino utilizando los conocimientos numéricos de los babilonios, se rio.

—Hasta un idiota es capaz de predecir que, en algún momento futuro impreciso, todos nuestros cuerpos se detendrán en algún lugar para siempre. ¿Qué merito tiene eso?

El griego se incorporó entonces muy despacio y extendió su brazo derecho, desplegando su dedo índice frente a su interlocutor, que le miraba con los ojos muy abiertos desde la silla que ocupaba al otro lado de la sala. Onomácrita se giró entonces con un movimiento mecánico y poco natural, cerrando los ojos y respirando con agitación. Se dirigió hacia la puerta de la sala de audiencias con pasos inseguros y se detuvo frente al espejo de la puerta. Abrió los ojos y contempló su reflejo: una cabeza casi calva y de barba rala, portando grandes ojeras y desfallecido por la interminable espera, que había pasado ya su madurez. Sin duda esa era la auténtica razón por la que habían colocado ese espejo allí; para que cada peticionario quedara sobrecogido por su pequeñez y desvalimiento en comparación con lo que iba a encontrarse al otro lado. Su dedo índice se posó

sobre la pulida superficie de bronce a la altura del reflejo de sus labios resecos antes de relajarse, darse la vuelta y sentarse de nuevo en su silla.

—En ese lugar concreto se posarán las moscas en muy poco tiempo.

El viejo persa le tradujo la conversación al joven que tenía a su lado y que no parecía entender nada. Debía de tratarse de su hijo, a juzgar por la similitud de sus rasgos. Estuvieron mofándose en su idioma un rato a costa del griego hasta que el joven indicó al otro que algo parecía moverse sobre el espejo. El viejo miró a Onomácritos con incredulidad y se levantó, acercándose a la puerta. Cuando pudo ver su rostro barbudo en el espejo, había ya dos moscas merodeando junto al reflejo de su boca, como si estuvieran alimentándose de sus labios. Palideció como si hubiese visto un fantasma. ¿Cómo era eso posible? Miró al griego, pero Onomácritos no parecía disfrutar del éxito de su extraña predicción. Entonces se fijó en que la superficie del espejo sobre la que deambulaban los insectos parecía brillar menos que el resto del espejo. Espantó a las moscas con la mano y pasó las yemas de sus dedos por la superficie. Se pringó de algo: miel. Sin duda, de los pastelillos que había en las fuentes sobre la mesa. En ese momento se abrió la puerta desde fuera y apareció el introductor de mensajes del rey. Hablaron algo en su idioma. Les estaban dando paso. Justo antes de cruzar el umbral tras su hijo, el viejo persa se giró hacia el adivino.

—Ten cuidado, griego. Si tus mentiras traspasan al otro lado de este espejo, no habrá salvación posible para ti.

Se quedó solo de nuevo en la antesala. Le inquietaba no haber visto salir a ninguno de los que le habían precedido, pero sin duda el salón de audiencias del gran rey tendría varias entradas, y racionar la información a la que tenían acceso los visitantes parecía ser la norma en ese palacio oriental.

Un rápido movimiento del antebrazo y sonrió de éxito al notar las cosquillas de una gruesa mosca en el hueco de la mano. Aún saboreaba su pequeña victoria cuando la puerta se abrió con un crujido y el introductor del gran rey le ordenó prepararse para la audiencia. Onomácritos asintió tragando saliva, se levantó con precipitación y, al disponerse a recoger su bolsa de papiros, se dio cuenta de que aún tenía la mano derecha ocupada. Dudó un momento y al fin la abrió despacio. El insecto salió disparado haciendo sus evoluciones, recortado contra la tenue luz de la estancia. Observó su vuelo unos instantes, absorto, como si escrutara algún presagio o mensaje oculto, sonrió y a continuación, como si acabara de escuchar una sentencia favorable, el peticionario se volvió y se dispuso sin vacilación a seguir al persa, que le esperaba junto al vano de la puerta.

Las rodillas le temblaban un poco cuando fue presentado por el introductor en una lengua que no reconoció antes de hacerlo en perfecto griego. «Onomá-

crito de Lokris, cresmólogo⁹ y adivino. Desea ser benefactor del gran rey y le obsequia con copias de los oráculos auténticos del profeta Museo, que afirma pueden serle de valiosa ayuda».

La sala de audiencias del palacio de Susa era una estancia enorme sostenida por altísimas columnas de granito labrado, cuyos capiteles, en forma de severos toros bicéfalos, sostenían un techo de pulidas vigas de cedro del Líbano. El olor de la madera combinaba armoniosamente con el incienso aromático de ocultos quemadores, pero pocos visitantes se daban cuenta ante el temor reverencial que les imponía la visión del trono real, cuajado de oro y maderas preciosas. Inmóvil, el rey Darío, usurpador del trono del imperio más grande sobre la tierra, le miraba con indiferencia. Vestía las finas ropas amplias de su tierra y portaba una tiara blanca con una banda de oro y perlas engastadas. Tras la pequeña guardia de élite de los Inmortales, una variopinta cohorte de nobles, magos¹⁰, consejeros, traductores y otros esclavos permanecían junto a su señor. Un anciano se abrió paso entre ellos con dificultad y se dirigió al rey en voz baja. Onomácrito reconoció con sorpresa su inconfundible perfil. Lo había visto representado en su juventud: era el mismo que aparecía en las espléndidas cráteras de oro ofrendadas hacía más de treinta años en Delfos y en Olimpia, pero más demacrado por la edad. El viejo no podía ser otro sino Creso, el último rey de Lidia, en su tiempo el hombre más rico del mundo. En esos momentos, un esclavo más al servicio de la Corte de Darío.

El introductor de mensajes apremió a Onomácrito a postrarse y presentar su regalo sobre un estrado de plata que, según el protocolo de la Corte aqueménida, el peticionario podría llevarse a su casa si el rey quedaba satisfecho con su servicio. El griego se inclinó de rodillas hasta que tocó la frente con el suelo y permaneció así unos instantes. Cuando por fin se levantó, extrajo un rollo de papiro de su bolsa y, tras aclararse la reseca garganta, comenzó a leer en un griego arcaico:

*Cuando el día llegue en el que Susa resucite de sus cenizas
Un nuevo Memnón, elegido por los dioses, vengará a Troya
Y en espantosa carnicería extinguirá el orgullo aqueo
Y cuando los griegos, vencidos, entreguen tierra y agua
El mundo entero, impotente, sucumbirá a su poder divino
Cinco cosechas serán necesarias, dice Zeus
Para el gran enfrentamiento renovado...*

⁹ Recopilador y sistematizador de oráculos. Un oficio en la Grecia antigua y clásica.

¹⁰ Son los sacerdotes del culto mazdeísta fundado por Zoroastro, la religión oficial del Imperio aqueménida desde Darío.

Onomácrito se volvió hacia el introductor, que le había propinado un golpe en el muslo con el extremo del bastón.

—El gran rey ya tiene suficientes rapsodas en su Corte que le amenicen las veladas —le espetó, sin contemplaciones—. No agotes su paciencia. ¿Qué interés podría tener el rey en tus poemas y en qué podría beneficiarle?

—Estos... ¡Estos no son simples poemas, majestad! Se trata de las profecías más sagradas de Grecia: las de Museo, discípulo de Orfeo, escritas hace siglos. Muy pocos han tenido acceso a ellas. Las originales se guardan celosamente en la Acrópolis de Atenas, la ciudad en la que he vivido diez años.

—¿Y por qué habrían de interesarle al gran rey las viejas profecías de tu lejana patria? —el griego notó cómo la sangre le subía por el cuello de un golpe hasta la cabeza.

—Porque..., porque predijeron que tú..., que el gran rey, o quizás un hijo tuyo, conquistaría Europa y el mundo entero tras derrotar a los griegos, e iniciaría una nueva era.

La voz le estaba traicionando y carraspeó mientras el traductor recogía las palabras del soberano persa.

—¿Mencionan entonces esas profecías de las que hablas a la estirpe de los aqueménidas?

—No. No en esos términos. Las profecías y los oráculos de los dioses de mi tierra rara vez hablan tan claro, por lo que somos necesarios especialistas en su interpretación. Pero insinúan que el conquistador será un nuevo Memnón, nacido de Zeus Amón, que vengará Troya cuando Susa «resucite de sus cenizas». Esa referencia no deja lugar a dudas, majestad: la única «Susa» en el mundo es la ciudad cuyo suelo pisamos ahora y el gran rey acaba de convertirla en su capital tras terminar el palacio en donde nos hallamos. La referencia a Memnón también es clara: se trata del antiguo héroe y rey de Susa que acudió a socorrer a la ciudad de Troya, asediada por los aqueos¹¹. O sea, por los griegos. Para nosotros la guerra de Troya fue la mayor de cuantas hubo en la Antigüedad y representa el enfrentamiento perpetuo entre los continentes de Asia y de Europa.

Onomácrito creyó detectar un ligero asentimiento del rey con la cabeza.

—El gran rey tiene también muchos magos para consultar la voluntad de Ahura Mazda¹². Si las profecías de las que hablas son falsas, haría bien ignorán-

11 Este episodio mitológico ocurre después de los acontecimientos narrados por Homero en la *Iliada*, tras la muerte de Héctor, pero se relataba en la *Pequeña Iliada* y los *Cantos Ciprios* (hoy desaparecidos), que continúan la historia de la guerra hasta la destrucción de la ciudad. Lo conocemos bien por las *Posthoméricas* de Quinto de Esmirna y otros textos de la época romana.

12 El dios supremo de la religión mazdeísta, dios creador de la luz, el orden, la verdad y la justicia en oposición a Ahrimán, el dios destructor de las fuerzas del caos.

dolas, y si fueran ciertas, ¿por qué habría de recompensar el haberlas conocido si se trata de nuestro destino inevitable?

—Porque las profecías de Museo no muestran un destino inevitable. Contienen también las condiciones mediante las cuales los griegos podrían salvarse. Los pasajes son muy crípticos en este punto, pero creo deducir que la profecía no se cumpliría si los griegos mantuvieran en su poder las reliquias que hicieron posible la toma de Troya tras la muerte de Memnón a manos del héroe Aquiles. Yo podría hacer un estudio detallado para su majestad si me lo permitiera...

—Profecías, oráculos y reliquias... ¿Insinúas que las armas de los persas no serían suficientes para someter a los griegos libres si nos lo propusiéramos?

—Majestad, yo no dudo de que la raza que gobierna desde Etiopía hasta el Cáucaso posea el valor, la virtud y los recursos suficientes para someter Europa entera, pero ¿es prudente ignorar la voluntad y el consejo de los dioses inmortales? ¿Acaso no tenéis en estos momentos a vuestra izquierda la prueba viviente de que la riqueza y el poder más grandes pueden malograrse en un solo día si se malinterpreta un solo oráculo?

El anguloso rostro de Cresos palideció al recordar el infausto vaticinio del dios de Delfos, acaecido tres décadas atrás: «Aquel que ataque a los medos hará caer un reino»¹³. El anciano consejero miró desafiante al griego y se volvió hacia Darío para susurrarle algo al oído. Poco después, la monótona voz del intérprete preguntó las razones por las que un griego traicionaba a su gente, sustrayendo sus profecías más sagradas.

—Yo... fui tratado injustamente y expulsado por los tiranos que gobiernan la ciudad con mano de hierro. Su crueldad es tal que os aseguro que no os faltarán aliados en Atenas si algún día os decidís a liberarnos del yugo que contra nuestra voluntad nos han impuesto.

El adivino se felicitó a sí mismo por su respuesta y esperó satisfecho, conteniendo la respiración.

—El gran rey tiene ojos y oídos en todas partes y ha sabido que tú, Onomácritos, has sido expulsado de la ciudad de Atenas al haber sido sorprendido alterando un vaticinio de aquellos que se te había encargado copiar. Aceptaste un soborno de otra ciudad para interpolar una mentira que les favorecía. El gran rey puede en ocasiones sacar utilidad de un traidor, pero ¿cómo podría fiarse de las profecías de un falsificador? Ya fuiste advertido de las consecuencias de traer la mentira a la casa del rey.

¹³ El rey Cresos interpretó el oráculo pensando que el reino que haría caer sería el de los persas, que los griegos llamaban «medos» entonces, en vez del suyo propio. Fue derrotado por Ciro el grande en el 547 a. C. en la batalla del río Halys, y su próspero reino pasó a convertirse en una provincia persa.

Onomácrito sintió que su mandíbula no le respondía cuando, ofuscado, intentó replicar atropelladamente a Darío, pero dos robustos guardias de palacio ya le llevaban casi en volandas por las axilas hacia una puerta lateral. Solo alcanzó a volver el rostro para distinguir un brillo cruel en los ojos del anciano Creso.

—Nooo... ¡No podéis hacerme esto! He venido por mi propia voluntad. No soy un súbdito del rey. ¡Por Zeus, soy un respetado ciudadano libre de Lokris!

Onomácrito redoblaba sus esfuerzos por desasirse de los guardias en cada tramo del largo pasillo por el que era conducido con violencia. La luz del sol le deslumbró al llegar a un espacio abierto, tropezó con un pliegue de su propio quitón y cayó sobre un suelo arenoso que le llenó el rostro y la boca de polvo. Sus captores no le levantaron. Le temblaba todo el cuerpo y solo alcanzó a ponerse de rodillas. Cuando se llevó las manos a la cara para limpiarse los ojos, notó algo húmedo y caliente en la palma de su mano. Demasiado espeso para tratarse de sus lágrimas. Contempló como hipnotizado sus manos huesudas manchadas de sangre reseca mientras la náusea que le subía por el esófago competía con el escalofrío que le recorría el espinazo por llegar antes a su cabeza abotargada. El tiempo parecía haberse parado mientras vomitaba entre espasmos, apenas capaz de mirar los cuerpos desnudos y empalados de los dos peticionarios de la sala de espera, que agonizaban ahora frente a él. Los ojos del viejo persa con el que había hablado hacía un rato permanecían fijos en la nada mientras numerosas moscas le recorrían ávidas unos labios carentes ya de sensibilidad. Cuando pudo recuperar el aliento y trató de incorporarse, algo tiró de su pie y cayó otra vez al suelo. De pronto, las carcajadas de los soldados cesaron en seco y el galimatías que las siguió parecía impregnado de un inequívoco tono de sumisión. Una mujer envuelta en ricas prendas orientales le miraba fijamente desde el vano de la puerta tras un velo que solo descubría un único ojo de pupila negra. El griego se apresuró en arrodillarse instintivamente ante ella con ademanes de suplicante, las rodillas hincadas en su propio vómito. Le sorprendió escuchar su lengua tras la seda del velo, con un ligero y gracioso acento jonio que contrastaba con la rotundidad de una voz envolvente, acostumbrada a mandar desde la misma cuna.

—¿Por quién has dicho que será concebido ese nuevo Memnón de Susa que conquistará el mundo según esas profecías que custodiabas en Atenas?

El griego abrió mucho los ojos y respondió con voz temblorosa.

—Por Zeus Amón, mi señora. Apíadese de este pobre adivino tan inocuo e indefenso como un simple mosquito de los pantanos, que...

La mujer había levantado su mano para hacerle callar.

—¿Se trata del mismo Amón de Libya al que hacen también sacrificios los egipcios? ¿El dios carnero que gobierna lo oculto?

Onomácrito asintió mientras se secaba la baba con el dorso de su mano.

La mujer ladeó la cabeza y le miró de soslayo antes de hablar en persa a los verdugos y desaparecer por el pasillo, seguida por dos sirvientes. Cuando los barbudos guardias le ofrecieron un paño para limpiarse la boca y las manos, el griego supo que los dioses no le habían abandonado y que aquel infausto día no sería el último de su vida.

Capítulo 3

—¡¡*Ýathâ abû vairyô / athâ ratush ashâtcît hacâ / vanghêush dazdá mananghó / shyaothananâm anghêush mazdâi / xshathremcâ aburâi â / yim drigubyô dadat vâstârem!!*
— «La voluntad del Señor es la ley de la rectitud. Que los regalos de Vohu-man vayan para las buenas obras realizadas en este mundo para Mazda. Él, que alivia el sufrimiento del pobre, entroniza a Ahura como rey».

Mientras el sacerdote recitaba la fórmula sagrada, envolvía las manos entrelazadas de los novios siete veces con la cinta ritual. Artystone estaba muy tensa. Se le notaba la rigidez bajo la vaporosa tela blanca, que relucía al reflejo del fuego del altar. No era para menos; la muchacha solo tenía quince años y en esos momentos se estaba convirtiendo en la cuarta esposa del rey de reyes. Una cortina roja de lino fino sostenida por dos sacerdotes separaba a los novios, que no se habían visto más que una vez, precisamente en la boda de la segunda mujer del hombre con el que iba a casarse, como testigo y familiar más cercano. La boda de la mujer que se encontraba a su lado en esos momentos: su hermana mayor.

Atossa miró a su hermana con naturalidad. Era tan hermosa como ella, pero carecía de ese toque de sensualidad calculada, herencia de su madre egipcia. Artystone parecía no respirar. Mantenía la mirada muy fija y seria sobre la tela roja que le separaba de su ahora marido, como si a fuerza de concentrarse pudiese escudriñar el futuro que le esperaba tras ese velo terrible que, sin duda, cercenaba en dos mitades muy diferentes su vida. No había vuelta atrás posible tras cruzar ese umbral. Era como un corderillo envuelto en preciosas gasas y ofrecido al sacrificio, sin ningún control sobre su destino, cumpliendo la función para la que se la había criado desde que nació. Una hija más de Ciro, destinada a legitimar el poder de un rey que no era descendiente de su padre. ¡Cuán diferente había sido ese mismo momento en su propia vida, hacía tan solo cinco años! En aquella ocasión, cuando parecía que el imperio que creó su padre se desharía en pedazos bañado en sangre, fue ella misma quien propició su destino. Ella calculó los riesgos, hizo los sacrificios necesarios, pactó las

condiciones e hizo jurar a los siete sobre el altar de fuego que solo consentiría legitimar al usurpador si un nieto de Ciro gobernaba el imperio tras él. Sin su intervención, ninguno de esos siete nobles persas tendría la riqueza y el poder del que gozaban. Ella lo había hecho posible, y no pidió mucho a cambio.

El sacerdote comenzó a dar vueltas alrededor de los novios, rodeando sus cuerpos con la cinta sobrante siete veces. Siete promesas, siete sellos. Algunos de los siete conjurados estaban maquinando contra los intereses de Atossa. Intentaban apartarla de su propio destino, y alejar así definitivamente el trono del linaje de los aqueménidas. Al rey Darío no se le hubiese ocurrido ese nuevo matrimonio, que suponía un desafío frontal a su persona y al sentido de su juramento. No se hubiese atrevido a hacerlo sin el apoyo de su entorno cercano. Tenía que tratarse de Gobryas. Gobryas, el portalanzas real, sabía muy bien que si Artystone llegara a tener un hijo varón antes que ella, terminaría convenciendo a Darío para decidir la sucesión del imperio en su propio nieto, el primogénito de la primera esposa del rey, Amestris, esa campesina sin una gota de sangre real. A fin de cuentas, Gobryas era suegro y amigo de Darío mucho antes de que la suerte pusiera en sus manos el imperio. Artystone era apenas una niña pusilánime, incapaz de defender los derechos de la descendencia de Ciro.

No podía ver el rostro de su marido, el rey, tras la tela de color sangre, pero de alguna manera estaba segura de que en esos momentos estaba pensando en ella. «Cobarde», pensó Atossa. Él se lo había dicho después de hacer el amor, hacía solo dos días. Ella había notado que algo pasaba por la forma en la que él se entregaba, como si aquella pudiese ser la última noche que pasarían juntos y quisiera hacerla memorable. Cinco años habían transcurrido desde la coronación y la boda. Cinco años sin haberse podido quedar embarazada de un varón, pero la mayor parte de ese tiempo Darío había estado en campaña sofocando rebeliones por todo el imperio. Asegurar el trono tenía prioridad, pero el tiempo pasaba y el varón de Atossa no llegaba. Tuvieron una niña al tercer año. Atossa no quiso verla. Murió a la semana de nacer y no llegó a tener nombre.

—Necesito un heredero de la sangre de Ciro. Te juramos que sería el próximo rey después de mi muerte —le había susurrado en voz baja, aún jadeante.

Atossa se incorporó, alarmada y brillante de sudor. Su marido no se atrevió a mirarle a los ojos.

—¿Y crees que yo no lo deseo? Si gastaras menos fuerzas con esas rameritas que trajiste de Bactriana, tal vez...

—Tu hermana, Artystone, ya es una mujer.

Lo había dicho midiendo la cadencia de las palabras, como si lo hubiera estado ensayando un buen rato antes.

Atossa tardó un segundo en comprender. Sintió como si toda la sangre de su cuerpo se le agolpara de pronto en la cabeza. Le golpeó sin medida, y él se defendió. Tuvieron que entrar los eunucos para separarles, espantados por los gritos procedentes del dormitorio real.

Atossa deslizó con disimulo su mano derecha hasta rozar la de su medio hermana adolescente. Estaba helada. La muchacha parecía resistir la tentación de ladear la cabeza y mirarla otra vez. Podría volver a encontrarse con la visión de sus labios hinchados y el horrible moratón que desfiguraba su pómulo izquierdo. Atossa había roto el protocolo de la ceremonia bajando su velo justo cuando el sacerdote había empezado sus rezos. Rodeó su mano con la suya lentamente, notando cómo la muchacha reprimía un estremecimiento. La invadió con su calor presionando sus frágiles dedos. Nunca antes la había cogido de la mano.

Había pasado media tarde encogido y arrebujado en su quitón, sentado en el suelo con la cabeza cubierta a pesar del calor sofocante, como si fuera un pedrusco grisáceo que siempre hubiera estado allí, sobre la arena. Trató de concentrarse pensando en cualquier otro lugar del mundo, un lugar refrescado por la brisa del mar Jónico o del Egeo. Su casa en Atenas, junto al ágora. El zumbido de las gordas y agresivas moscas al otro lado del quitón se intensificaba y alejaba por momentos, como una marea implacable que no se cansaba jamás, pero por lo menos distraía de los repulsivos chasquidos de la carne cruda extirpada en frío. Evocó las suaves curvas del torso y las caderas de Tanais, su esclavo de raza escita, tendido junto a él a la luz de la luna. ¿Qué lecho compartiría en esos momentos?, ¿se acordaría tal vez de su amo el adivino, aquel que siempre se negó a leer su destino en las entrañas de las palomas?

No supo cuánto tiempo pasó en ese patio, encogido y temblando bajo el capote, protegido solo por dos escudillas de madera y escuchando esos sonidos de pesadilla, pero aún era de noche cuando la puerta se abrió de nuevo. El ruido de los goznes asustó a los últimos buitres, que apenas pudieron levantar el vuelo de tan hinchidos que tenían los vientres, y la luz de una antorcha penetró en el patio poniendo de súbito imágenes al siniestro espectáculo de la noche. Los despojos ensangrentados de los dos persas yacían sobre el suelo, sin músculos ni apenas piel que ofreciera resistencia a la gravedad. Solo unos rizos oscuros sobre la arena ofrecían alguna referencia sobre lo que había habido hacía unas horas bajo ellos.

No sabía qué harían con él, pero Onomácrito celebró el triunfo de la luz de la antorcha sobre la oscuridad esa noche como el primer humano que recibió el regalo del titán Prometeo. Un regalo que le costó un castigo que para el adivino pasaría a tener un significado muy distinto a partir de aquella noche aciaga.¹⁴ Aunque inmortal, Prometeo fue un adivino como él, aunque no pudo prever su horrible destino. También fue un traidor a su raza que engañó a los dioses entregando el valioso secreto del fuego a los humanos. Onomácrito, sensible a los presagios, no cometería el mismo error de aquel primer adivino mítico. Mientras le conducían a algún lugar por aquellos pasillos tortuosos tuvo la absoluta convicción de que él no se equivocaría. Él tomaría el partido del más fuerte.

14 El titán Prometeo entregó el secreto del fuego a los hombres, contraviniendo las órdenes estrictas de Zeus, por lo que fue castigado a permanecer encadenado en el Cáucaso y que un buitre le devorara el hígado cada día, regenerándosele después hasta el día siguiente.